

Autonomía del mundo y soberanía de Dios

Anaya y Duarte, José Gabriel

2015-03-12

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/548>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

AUTONOMÍA DEL MUNDO Y SOBERANÍA DE DIOS*

Gabriel Anaya Duarte, S. J. **

La problemática actual

Hoy el vertiginoso desarrollo de la ciencia y la tecnología prescinde de hecho de Dios. Parece que la emancipación de la sociedad respecto a las ideas religiosas ha favorecido al progreso general en todos sentidos. El conflicto de Galileo con la Iglesia fue un parteaguas en la historia: sin la tutela y el control de las autoridades religiosas, la humanidad ha adquirido su mayoría de edad y con ella su autonomía. Los grandes avances de la edad moderna contrastan con el llamado oscurantismo medieval.

Si no se acepta la existencia de Dios, esta autonomía del mundo queda justificada por sus éxitos tan evidentes en la práctica. Pero si existe un Ser Supremo que trasciende este mundo, surgen preguntas acerca de su relación con el mundo: ¿es un Dios que manipula el mundo desde fuera?, ¿que interviene en él al menos en ocasiones?, ¿o que se desentiende de él y lo deja a su propia suerte? En otras palabras, proclamar la autonomía del mundo ¿es compatible con una fe religiosa, en concreto cristiana, o se opone a ella?

* Conferencia impartida el 2 de febrero de 2000 dentro del seminario *Problemas de ciencia, tecnología y sociedad*, Universidad Iberoamericana Puebla.

** Físico. Profesor del Centro de Integración Universitaria, UIA Puebla.

Para un creyente, la respuesta a estas preguntas no debe ser indiferente, pues de ella depende su actitud frente a Dios en el contexto de sus actividades. Las posiciones al respecto son diversas. Para algunos, en general con bajo nivel de conocimientos científicos, el mundo es manejado directamente por Dios: es un mundo mágico, donde Dios es el que hace llover. Para otros, el ámbito religioso se reduce a un sector de su vida, que casi se reduce a ciertas prácticas rituales, y que se yuxtaponen a los otros sectores: el profesional, el político, el social en general, que se desarrollan independientemente de lo religioso. Otros, aun conservando por razones sociales el nombre de cristianos, han dejado de lado lo religioso en una cultura que gira alrededor del progreso material; no ha sido una ruptura dolorosa o un grito de rebeldía; simplemente la indiferencia frente a algo que ha mostrado su inutilidad.

Estas actitudes, aun opuestas, se dan a veces en la misma persona. Estudiantes alejados de las prácticas religiosas van a misa a pedirle a Dios aprobar un examen para el que no han estudiado. En el funeral de un joven sus padres murmuran: “Dios quiso llevárselo”, mientras exigen la captura del asesino; ¿quién causó pues la muerte? La frase “si Dios quiere” se ha convertido en una fórmula vacía; pero se sigue empleando. Un refrán mexicano enuncia gráficamente estas contradicciones: “Si se alivió fue la Virgen; si se murió fue el doctor”. ¿Existe alguna respuesta desde el punto de vista cristiano a estas cuestiones? ¿Qué nos dicen la Sagrada Escritura, el magisterio de la Iglesia, la teología? Trataré de exponerlo.

Qué nos dice la Biblia

Si abrimos la Sagrada Escritura buscando que nos ilumine sobre el tema, encontraremos abundantes textos alusivos, pero desconcertantes para nuestra mentalidad científica: desde el primer capítulo del Génesis, cuando “dijo Dios: ‘Haya luz’, y hubo luz, [...] y apartó Dios la luz de las tinieblas” (Gn 1,3-4), lo que ahora llamaríamos el big-bang, hasta el penúltimo del Apocalipsis: “Mira que hago un mundo nuevo” (Ap 21,5), Dios interviene directamente en el mundo.

Los textos son innumerables; sólo citaré unos cuantos. En las plagas de Egipto, Dios realiza fenómenos meteorológicos: “Yahveh envió

truenos y granizo; cayeron rayos sobre la tierra, y Yahveh hizo llover granizo sobre el país de Egipto” (Ex 9,23). Incluso maneja a su antojo la voluntad humana: “Yahveh endureció el corazón de Faraón, que no dejó salir a los israelitas” (Ex 10,20). Dios decide las victorias militares: “Porque Yahveh, el Dios de Israel, peleaba en favor de Israel” (Jos 10,42), y dirige personalmente la política: “Voy a enviarte a Jesé, de Belén, porque he visto entre sus hijos un rey para mí” (1 S 16 1). Si pasamos al Nuevo Testamento, los milagros que nos narran los Evangelios nos pueden dejar la imagen de un Jesús muy poco humano, una especie de mago, de un semidiós, muy ajeno a nosotros y a nuestra cultura.

¿Dónde queda la autonomía del mundo? ¿Podemos creer hoy en esas narraciones que nos parecen increíbles cuentos de hadas? ¿Es verdad, como afirma la fe, que la Biblia dice la verdad? ¿O es que ya pasó la época de los prodigios para dar paso a la era de la ciencia? En todo caso, permanecen las preguntas. Sin embargo, los teólogos, al tratar de comprender la fe y compaginarla con los conocimientos de las diferentes épocas y culturas, les han ido dando respuestas; no siempre claras y completas, con titubeos y aun retrocesos. Hoy, la base principal de sus explicaciones es el estudio crítico de la misma Sagrada Escritura.

Para interpretar hoy la Biblia hay que tomar muy en cuenta el contexto histórico y cultural en que fue escrita a lo largo de más de mil años. En aquellos para nosotros lejanos tiempos, y sobre todo en la mentalidad semítica, muy diferente de la nuestra, predominantemente racional, los autores de relatos más que narrar los hechos trataban sobre todo de explicar su significado. Para hacerlo, no exponían por separado los hechos y después reflexionaban sobre ellos, como hacen hoy nuestros historiadores, sino que integraban su sentido en la misma narración, incluyendo en ella, en particular, la acción directa de Dios. Es pues necesario distinguir esos géneros literarios de los nuestros. En la Biblia no encontraremos una historiografía como la contemporánea, sino mitos, leyendas e interpretaciones de la historia a la luz de la fe en Dios.

El mito es una narración simbólica, que no pretende reseñar acontecimientos sino dar una respuesta a los grandes enigmas que siempre

se ha planteado el hombre frente a sí mismo, frente a la vida, frente a Dios. Un ejemplo es el famoso relato de Adán y Eva, que contiene respuestas a las preguntas: qué es el hombre, cuál es su papel en este mundo, por qué –si Dios es bueno– existen el dolor y la muerte. Podríamos compararlo con nuestros cuentos o novelas actuales que, sin ser históricos, encierran profundas verdades sobre el hombre. La leyenda es una elaboración popular de algún acontecimiento que se convierte en símbolo en la vida de un pueblo. Su núcleo histórico es difícil de precisar; lo importante es su significado. Inclusive hoy manejamos hechos legendarizados, como el del Pípila, el niño artillero de Cuautla o los niños héroes del castillo de Chapultepec. La Biblia, en cuanto palabra de Dios, no pretende enseñarnos historia ni ciencia, ni tampoco primordialmente darnos leyes morales; su finalidad es revelarnos que Dios nos ama y se comunica con nosotros.

Pensemos un momento en concreto en los relatos de milagros. Hoy se suele manejar la idea de milagro como de un hecho que contradice las leyes de la naturaleza o al menos va más allá de ellas. Pero tengamos en cuenta que ni en los tiempos bíblicos se pensaba en que la naturaleza tuviera leyes, ni nosotros hoy las conocemos suficientemente como para marcar sus límites. “Milagro”, en sentido bíblico, es un suceso que causa admiración, y al que tiene fe le habla de la presencia de Dios. Hoy podemos llamar milagros, en ese sentido, a una hermosa puesta de sol, al nacimiento de un niño o a la curación inesperada de un enfermo, aunque sepamos que se debe a la ciencia médica, si estos acontecimientos nos llevan a una relación más profunda con Dios.

La emancipación de la ciencia

Pero dejemos ya el apasionante e inagotable tema de la exégesis bíblica y –omitiendo muchas etapas de la evolución del pensamiento cristiano– volvamos a la problemática suscitada sobre todo a partir de Galileo, a quien se puede considerar como el creador de la ciencia actual, que paulatinamente ha ido estableciendo, en la teoría y en la práctica, la autonomía del mundo. No creo que ningún cristiano se aferre hoy al geocentrismo por sostener literalmente los enunciados bíblicos y aun eclesiásticos de entonces. Pero han ido surgiendo otras

divergencias, al menos aparentes, entre ciencia y fe: la teoría de la evolución de las especies de Darwin, que explica el origen del hombre a partir de animales inferiores; o las concepciones científicas sobre el origen del universo, que para algunos cuestionan su creación por parte de Dios.

La ciencia ha ido triunfando de manera evidente al imponer sus ideas, al menos en las mentes ilustradas. Por su lado, las autoridades de la Iglesia han sido al menos más discretas, y ya no condenan posturas científicas, aunque el recelo continúa en ocasiones, como sucedió en el caso del paleontólogo jesuita Teilhard de Chardin. En cierto modo, la práctica ha ido permitiendo formular la teoría: hay que distinguir entre ciencia y fe. La ciencia nos explica el mundo, sus leyes, la manera de aprovechar la naturaleza en beneficio nuestro por medio de la tecnología. La fe nos habla de Dios y de nuestra relación con él. Cuentan que un ateo conminó a un creyente: “Demuéstrame científicamente la existencia de Dios”; y que éste le respondió: “Demuéstrame teológicamente la existencia del átomo”. No hay que mezclar los dos terrenos.

Pero esta postura, válida en sí, no soluciona el problema de fondo; parece llevar a la idea de un Dios ajeno al mundo de la naturaleza y del hombre, y ratificar esa esquizofrenia de que hablé y que se vive cotidianamente: el ámbito de lo religioso y el ámbito de lo mundano son ajenos entre sí; se es cristiano en misa, se es ateo –al menos de hecho– en el estudio y el trabajo. Una frase del gran matemático y físico francés Pierre Simon de Laplace parece haber expresado esta posición hace ya dos siglos: “No necesito la hipótesis Dios”. Dios está ausente en el conocimiento y en la construcción de este mundo; no nos hace falta.

La doctrina del Concilio Vaticano II

Sin embargo, la Iglesia católica no se ha contentado con ser más precavida en sus afirmaciones respecto a la ciencia, sino que oficialmente ha dado respuestas positivas a estos problemas. Me refiero al Concilio Ecuménico Vaticano II, en el que se reunieron la mayor parte de los obispos del mundo en cuatro etapas los años de 1962 a 1965. Dieciséis

documentos aprobados fueron el resultado de las a veces polémicas discusiones. Los obispos decidían, pero asesorados por grandes teólogos, predominantemente europeos, portavoces de elaboraciones doctrinales más acordes con la época que nos ha tocado vivir. Sin duda, el documento que más ha llamado la atención entre ellos, no por su importancia doctrinal sino por su expreso aterrizaje en las circunstancias actuales, que espero no difieran todavía mucho de las de hace 35 años, es la *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual*, conocida también como la *Gaudium et spes* por sus primeras palabras en latín.

El documento tiene dos partes, después de la introducción: “La Iglesia y la vocación del hombre” y “Algunos problemas más urgentes”. A su vez, la primera consta de cuatro capítulos: “La dignidad de la persona humana, La comunidad humana, La actividad humana en el mundo, Misión de la Iglesia en el mundo contemporáneo”. Precisamente en el capítulo sobre la actividad humana, después de hablar del amplio dominio actual sobre la naturaleza gracias a la ciencia y la técnica, se plantea las siguientes preguntas: “¿Qué sentido y valor tiene esa actividad? ¿Cuál es el uso que hay que hacer de todas estas cosas? ¿A qué fin deben tender los esfuerzos de individuos y colectividades?” (GS 33). Una primera respuesta es la siguiente: “Una cosa hay cierta para los creyentes: la actividad humana individual y colectiva o el conjunto ingente de esfuerzos realizados por el hombre a lo largo de los siglos para lograr mejores condiciones de vida, considerado en sí mismo, responde a la voluntad de Dios” (GS 34).

Poco más adelante, enuncia un principio fundamental de cualquier antropología realmente humanista:

La actividad humana, así como procede del hombre, así también se ordena al hombre. Pues éste, con su acción, no sólo transforma las cosas y la sociedad, sino que se perfecciona a sí mismo. Aprende mucho, cultiva sus facultades, se supera y se trasciende. Tal superación, rectamente entendida, es más importante que las riquezas exteriores que puedan acumularse. El hombre vale más por lo que es que por lo que tiene. Asimismo, cuanto llevan a cabo los hombres para lograr más justicia, mayor fraternidad y un más humano planteamiento de los proble-

mas sociales, vale más que los progresos técnicos. Pues dichos progresos pueden ofrecer, como si dijéramos, el material para la promoción humana, pero por sí solos no pueden llevarla a cabo (GS 35).

Y concluye: “Esta es la norma de la actividad humana: que, de acuerdo con los designios y voluntad divinos, sea conforme al auténtico bien del género humano” (*ib.*). Dios no es pues un enemigo del hombre, sino que quiere su bien.

Llegamos al tema central de esta plática: ¿cómo se compagina la autonomía del mundo y del hombre con la voluntad divina? El problema lo establece claramente el documento: “Muchos de nuestros contemporáneos parecen temer que, por una excesivamente estrecha vinculación entre la actividad humana y la religión, sufra trabas la autonomía del hombre, de la sociedad o de la ciencia” (GS 36). Los siguientes párrafos ofrecen la solución. Son párrafos largos, densos; en general el estilo literario del Concilio no tiene la fluidez y claridad que caracteriza a la literatura actual. Consigno, pues, cada párrafo y lo comento en seguida:

Si por autonomía de la realidad terrena se quiere decir que las cosas creadas y la sociedad misma gozan de propias leyes y valores, que el hombre ha de descubrir, emplear y ordenar poco a poco, es absolutamente legítima esta exigencia de autonomía. No es sólo que la reclamen imperiosamente los hombres de nuestro tiempo. Es que además responde a la voluntad del Creador. Pues, por la propia naturaleza de la creación, todas las cosas están dotadas de consistencia, verdad y bondad propias y de un propio orden regulado, que el hombre debe respetar, con el reconocimiento de la metodología particular de cada ciencia o arte (*ib.*).

Afirma pues el Concilio que la realidad terrena, es decir, las cosas creadas y la sociedad, tienen una legítima autonomía, tienen sus propias leyes y valores; autonomía que reclaman los hombres de nuestro tiempo y responde a la voluntad de Dios; es decir, que por la propia naturaleza de la creación, todas las cosas están dotadas de consistencia, verdad y bondad propias. Afirma también que el hombre ha

de descubrir, emplear y ordenar esas leyes y valores, respetando su propio orden según las metodologías particulares. Una conclusión parece seguirse: la legitimidad de las ciencias y las técnicas. Lo afirma explícitamente el siguiente párrafo del documento:

Por ello, la investigación metódica en todos los campos del saber, si está realizada de una forma auténticamente científica y conforme a las normas morales, nunca será en realidad contraria a la fe, porque las realidades profanas y las de la fe tienen su origen en un mismo Dios. Más aún, quien con perseverancia y humildad se esfuerza por penetrar en los secretos de la realidad, está llevado, aun sin saberlo, como por la mano de Dios, quien, sosteniendo todas las cosas, da a todas ellas el ser. Son, a este respecto, de deplorar ciertas actitudes que, por no comprender bien el sentido de la legítima autonomía de la ciencia, se han dado algunas veces entre los propios cristianos; actitudes que, seguidas de agrias polémicas, indujeron a muchos a establecer una oposición entre la ciencia y la fe (*ib.*).

En este párrafo se explicita la distinción entre “las realidades profanas [es decir, las naturales] y las de la fe [las que llamamos sobrenaturales]”; pero se afirma que no se pueden oponer, pues ambas proceden de un mismo Dios. Más aún, el investigador “está llevado, aun sin saberlo, por la mano de Dios”, pues él da a todas las cosas el ser. El texto, sin embargo, parece poner una traba a la investigación al decir que debe realizarse “conforme a las normas morales”. En realidad no es una limitación, pues respetar las normas morales significa respetar al hombre, que tiene su propia autonomía –sobre la que volveré después–, de la que se siguen su dignidad y sus derechos. Termina el párrafo deplorando las faltas de respeto que se han dado por parte de algunos cristianos a la autonomía de la ciencia; una nota al pie de página alude discretamente al caso Galileo.

Esta es la legítima autonomía del mundo, del hombre y del trabajo científico y técnico que proclama el Concilio. Pero añade que, desde el punto de vista creyente, puede haber una mala interpretación de esa autonomía. Leo el siguiente párrafo:

Pero si autonomía de lo temporal quiere decir que la realidad creada es independiente de Dios y que los hombres pueden usarla sin referencia al Creador, no hay creyente alguno a quien se le escape la falsedad envuelta en tales palabras. La creatura sin el Creador se esfuma. Por lo demás, cuantos creen en Dios, sea cual fuere su religión, escucharon siempre la manifestación de la voz de Dios en el lenguaje de la creación. Más aún, por el olvido de Dios la propia creatura queda oscurecida (*ib.*).

El Concilio distingue entre “autonomía” e “independencia”, que no son sinónimos, pues en último término el mundo “depende” de Dios. Estas dos palabras nos permiten hacer una síntesis. El mundo, el hombre y la actividad del hombre tienen su propia autonomía, pero una autonomía que ha sido querida y dada por Dios, que creó el mundo y lo conserva en el ser. Más aún, esta misma autonomía manifiesta la presencia de Dios en la creación. Así pues, desde el punto de vista cristiano, la autonomía de las cosas temporales no se opone a la soberanía de Dios, sino que es compatible con ella, ya que tiene en Dios su fundamento último.

Podemos volver ahora a la frase de Laplace, “no necesito la hipótesis Dios”, y darle su verdadero sentido, el que él mismo le dio. En efecto, la teoría de la gravitación universal, tal como la dejó Newton, tenía lagunas; una de ellas era que no explicaba la estabilidad dinámica de las órbitas planetarias: una pequeña desviación podría causar que el planeta cayera al Sol. Newton apeló a la intervención directa de Dios para que esto no ocurriera. Laplace, por su parte, perfeccionó la teoría y demostró que esa pequeña desviación podía ser corregida como consecuencia de la misma ley de la gravitación. Ni Laplace necesitaba ni nosotros necesitamos la hipótesis Dios como hipótesis científica, no necesitamos las intervenciones especiales de Dios para que el mundo funcione según la propia consistencia interna que Dios mismo le ha dado. Sí necesitamos a Dios para fundamentar la autonomía del mundo.

Esta doctrina de la *Gaudium et spes* es corroborada y explicitada en otros pasajes del mismo Vaticano II. La *Constitución dogmática sobre la Iglesia* nos dice hablando de los fieles laicos en las estructuras hu-

manas: “Así como debe reconocerse que la ciudad terrena, vinculada justamente a las preocupaciones temporales, se rige por principios propios, con la misma razón hay que rechazar la infausta doctrina que intenta edificar la sociedad prescindiendo en absoluto de la religión y que ataca o destruye la libertad religiosa de los ciudadanos” (LG 36).

Vuelvo a la *Gaudium et spes*, donde en diferentes sitios se concreta la doctrina expuesta sobre la autonomía. La siguiente cita se refiere a la autonomía del hombre, que es su libertad interior, fundamento de su dignidad personal:

La Iglesia puede rescatar la dignidad humana del incesante cambio de opiniones [...]. No hay ley humana que pueda garantizar la dignidad personal y la libertad del hombre con la seguridad que comunica el Evangelio de Cristo, confiado a la Iglesia. El Evangelio anuncia la libertad de los hijos de Dios, rechaza todas las esclavitudes, que derivan en última instancia del pecado; respeta santamente la dignidad de la conciencia y su libre decisión [...]. Porque, aunque el mismo Dios es salvador y creador, e igualmente también señor de la historia humana y de la historia de la salvación, sin embargo, en esta misma ordenación divina la justa autonomía de lo creado, y sobre todo del hombre, no se suprime, sino más bien se restituye a su propia dignidad y se ve en ella consolidada (GS 41).

Esta autonomía profunda del hombre, que más allá de los instintos de los animales consiste en su propia libertad, se extiende a los diversos campos de la sociedad humana. Pienso que el más importante, porque engloba todos los demás, es el de la cultura. De ella dice la *Gaudium et spes*:

Cada día es mayor el número de los varones y mujeres, de todo grupo o nación, que tienen conciencia de que son ellos los autores y promotores de la cultura de su comunidad. En todo el mundo crece más y más el sentido de la autonomía y, al mismo tiempo, de la responsabilidad, lo cual tiene enorme importancia en pro de la madurez espiritual y moral del género humano (GS 55).

Y más adelante:

La cultura, por dimanar inmediatamente de la naturaleza espiritual y social del hombre, tiene siempre necesidad de un clima de libertad para desarrollarse y de posibilidades legítimas, según su naturaleza, de autonomía en su ejercicio. Tiene, por tanto, derecho al respeto, y goza de una cierta inviolabilidad, quedando evidentemente a salvo los derechos de la persona y de la sociedad, particular o mundial, dentro de los límites del bien común. El santo Concilio [...] declara que existen dos órdenes de conocimiento distintos, el de la fe y el de la razón; y que la Iglesia no prohíbe que las artes y las disciplinas humanas gocen de sus propios principios y de su propio método, cada una en su propio campo; por lo cual, reconociendo esta justa libertad, la Iglesia afirma la autonomía legítima de la cultura humana, y especialmente de las ciencias (GS 59).

Un aspecto hoy muy relevante de la cultura es la vida económica. De ella dice el mismo documento: “La actividad económica, siguiendo sus métodos y leyes propias, debe ejercerse de forma que, respetando el orden moral, obedezca los designios de Dios sobre el hombre” (GS 64). Como indiqué antes, ese *orden moral*, esos *designios de Dios sobre el hombre*, consisten en que el hombre, empleando adecuadamente su libertad, se construya a sí mismo y a los demás. Finalmente, el Concilio extiende esta autonomía humana a la comunidad política: “La comunidad política y la Iglesia son independientes y autónomas, cada una en su propio terreno. Ambas, sin embargo, aunque por diverso título, están al servicio de la vocación personal y social del hombre” (GS 76).

Muy explícito y muy bello es el siguiente párrafo del *Decreto sobre el apostolado de los laicos* que, de alguna manera, resume todo lo anterior:

Todo lo que constituye el orden temporal: los bienes de la vida y de la familia, la cultura, la economía, las artes y las profesiones, las instituciones de la comunidad política, las relaciones internacionales y otras realidades semejantes, así como su evolución y progreso, no son

solamente medios para el fin último del hombre, sino que tienen, además, un valor propio puesto por Dios en ellos, ya se les considere en sí mismos, ya como parte de todo el orden temporal: “Y vio Dios todo lo que había hecho, y era muy bueno” (Gn 1,31). Esta bondad natural de las cosas temporales recibe una dignidad especial por su relación con la persona humana, para cuyo servicio fueron creadas. Pareció bien, finalmente, a Dios el unificar todas las cosas, tanto naturales como sobrenaturales, en Cristo Jesús, “para que él tenga la primacía sobre todas las cosas” (Col 1,18). Este destino, sin embargo, no sólo no priva al orden temporal de su autonomía, de sus propios fines, leyes, medios e importancia para el bien del hombre, sino que por el contrario, lo perfecciona en su valor y excelencia propia y, al mismo tiempo, lo adapta a la vocación plena del hombre sobre la tierra (AA 7).

Quizá hayan parecido excesivas las citas del Vaticano II, pero me pareció necesario subrayar la doctrina de la Iglesia frente a las dos posiciones extremas que enunciaba al principio: por un lado, la idea de un mundo gobernado desde fuera por intervenciones arbitrarias de Dios; por otro, la de que el hombre puede prescindir totalmente de Dios en su actividad sobre el mundo. Ambas posiciones tienen un fundamento válido, pero que extralimitan: Dios es el soberano absoluto, pero ha dado a la creación una autonomía propia para que el hombre la utilice en beneficio propio y llegue a su destino final, que es el mismo Dios. Nos toca a nosotros llevar a la práctica la doctrina del Concilio.

Un esquema filosófico

El siguiente esquema de corte filosófico puede ayudar a sistematizar racionalmente la doctrina del Concilio expuesta arriba. Analiza, desde el punto de vista de la causa eficiente, las actividades que suceden en el mundo. Por causa eficiente se entiende aquello que hace que algo sea, que hace real un nuevo ser, que llamamos efecto. En la producción de cualquier efecto cooperan dos causalidades en la misma acción:

Causalidad primera (creativa en general), exclusiva de Dios:

Creación. Dios creó el mundo de lo que no existía.

Conservación. Dios mantiene la creación en la existencia.

Concurso. Dios concurre con la actuación de las creaturas:

Ordinario. El efecto no supera la causalidad de la creatura.

Extraordinario. El efecto supera esa causalidad.

Causalidad segunda, de las causas creadas, con su propia autonomía:

Causas necesarias (naturales). Producen sus efectos según leyes físico-químicas o biológicas.

Causas libres: los seres humanos. Dentro del ámbito de nuestra libertad, podemos elegir un efecto u otro.

Dios es la causa primera de todo; existe y actúa en un plano de realidad totalmente diferente al de las creaturas. Dios no sólo creó el mundo (producción total de su ser), sino que lo sigue conservando en su existencia, pues de otro modo volvería a la nada, y concurre (es decir, actúa con) para que la creatura actúe con verdadera causalidad. Las causas creadas sólo transforman lo que ya existe. Al mantener las realidades creadas y en su ser y con las potencialidades que él mismo les ha dado, Dios sostiene la relativa autonomía dada por él, que depende siempre de su absoluta soberanía. Así pues, aceptar vivencialmente la existencia de Dios no significa añadirlo como un compartimento más, ajeno a las actividades de la vida terrena; ni significa tampoco menospreciar el valor y la autonomía del mundo; significa darle al valor y a la autonomía del mundo el fundamento más sólido que pueden tener: la soberana autonomía de Dios de la que él nos hace partícipes como don suyo.

¿Interviene Dios de manera extraordinaria, de tal forma que el efecto supere la potencialidad de las causas creadas? Es el caso de los milagros, en su acepción más bien científica que bíblica. El P. Teilhard de Chardin los describe como “un suavizamiento inesperado de los determinismos, debido a cierta sobreanimación de la naturaleza, bajo la influencia de una irradiación divina”. El cristianismo nunca ha negado su posibilidad; pero no fundamenta su fe en ellos, ni creo que sea de fe la existencia de ningún milagro en concreto. La teología actual es más bien prudente respecto a su existencia. En todo caso, frecuentes

intervenciones milagrosas de Dios en el mundo, parecen oponerse a su sabiduría y providencia, pues no necesita corregir, como nosotros, supuestos errores en su obra. Si Dios interviene a veces milagrosamente en este mundo, no es para ejercer un poder despótico sino para manifestar su amor y darnos un signo de esperanza.

Estas reflexiones nos permiten comprender mejor los *milagros* —y en general las intervenciones de Dios en la historia— que aparecen en la Biblia. En la mentalidad de las épocas en que fue escrita, profundamente religiosa y carente de pensamiento científico y filosófico, se atribuye directamente a Dios (causa primera) todo aquello en que el pueblo descubre la presencia de Dios en el mundo, desde la huida de la esclavitud de Egipto hasta una curación inesperada, sean o no milagros en el sentido técnico actual. No se les ocurre hacer ciencia, como a nosotros, sino proclamar la misericordia providente de Dios. Así entendidos, los milagros, como lo subrayan los Evangelios, los realiza la fe. Supongo que nadie duda de la seriedad científica de Einstein; pues bien, aun sin ser cristiano, él veía la mano de Dios en el comportamiento de la naturaleza, como lo expresó en la siguiente frase: “Hay dos maneras de vivir la vida: una pensando que nada es un milagro; otra pensando que todas las cosas son un milagro”.

Sé que queda un problema pendiente, formulado desde antes del cristianismo: si Dios es bueno y todopoderoso, ¿por qué hay mal en el mundo?, ¿no podría evitarlo Dios, inclusive sin intervenciones milagrosas? Por una parte, el mal no existe en sí; es algo negativo, la carencia de un bien. Podemos además distinguir dos aspectos en la voluntad de Dios: lo que él quiere positivamente, que es todo lo bueno; y lo que sólo permite, que es el mal, sea el producido por causas naturales, como erupciones, temblores o inundaciones, sea sobre todo el causado por los errores y pecados del hombre. Dios no puede querer lo malo en cuanto malo. Queda de todos modos la pregunta: ¿por qué permite Dios el mal? El misterio del mal desemboca en el misterio de Dios; y si el tema del mal no cabe en los estrechos límites de esta conferencia, mucho menos la comprensión de Dios cabe en nuestro limitado entendimiento.

Algunas conclusiones

No me es posible terminar esta plática sin expresar algunas conclusiones prácticas de lo expuesto. Al fin y al cabo la cuestión de cómo integrar la autonomía del mundo con la soberanía de Dios es más que un problema teórico; de las respuestas que se le den dependerán, en mayor o menor grado, nuestras actitudes frente al mundo y frente a Dios, y consiguientemente nuestra conducta. Yo reduciría esas actitudes a dos, que ya se han insinuado antes.

En primer lugar, responsabilidad. Dios no hace lo que nosotros no hacemos. Si el mundo está en nuestras manos y nosotros somos libres de investigarlo y utilizarlo, somos los responsables de la ciencia y la tecnología. Ser responsable quiere decir responder ante alguien. Responder, en primer lugar, frente a mí mismo, ya que mi actividad procede de mí y se ordena a mí; con esa actividad puedo construirme o destruirme.

Responder, en segundo lugar, frente a los demás hombres. Somos seres esencialmente relacionales; sólo nos construimos en la convivencia. La actividad humana rara vez es meramente individual en su origen y en sus efectos. Somos herederos de la actividad acumulada de una milenaria humanidad; hoy cada vez más se mundializa esta actividad, tanto científica como tecnológica y de cualquier género. Si yo tengo derechos que exijo se me respeten, tengo también la obligación de respetar a los demás. Más aún, tengo la obligación de colaborar para ir construyendo un mundo donde los avances científicos y técnicos no provoquen diferencias, divisiones, enfrentamientos, sino contribuyan a la paz, a la justicia, al amor.

Finalmente, responder ante Dios que nos hizo libres y nos puso el mundo en nuestras manos. Responder no ante un dictador que nos oprime arbitrariamente y busca su provecho, sino ante un padre amoroso que si nos creó por amor y ejerce su soberanía en participarnos su autonomía, lo que busca no es su bien sino el nuestro.

La segunda actitud se sigue de la anterior y la complementa: es la actitud de la esperanza. La responsabilidad implica riesgo, y asumida con seriedad puede causar temor. Pero Dios sabe lo que hace. Quiere que asumamos con seriedad nuestra grandeza de ser hombres, pero no

nos contempla simplemente como espectador ni únicamente es o será un juez neutral; en realidad no tanto nos juzgará él, sino nosotros mismos frente a él. Pero repito que es un padre amoroso. Un padre que no sobreprotege a sus hijos pero tampoco los deja solos; un padre incomprendible para nosotros, pero que sabemos que está a nuestro favor; un padre que si nos encomendó este mundo y nos hizo responsables de él y de nosotros mismos, sabe y quiere en su providencia nuestro bien. Respetando nuestra libertad, él tendrá la última palabra sobre el mundo más allá de la historia; y esa palabra, misteriosa para nosotros, es ciertamente una palabra de amor.

En particular frente al misterio del mal, no podemos echarle la culpa a Dios; sí confiar en él, como en un padre amoroso. No siempre sabremos cómo, pero “no hay mal que por bien no venga” y “Dios escribe derecho con renglones torcidos”. Estos dos refranes son muy cristianos, pero hay otro que conviene invertir para que lo sea realmente. Se suele decir “el hombre propone y Dios dispone”, como si Dios trastocara nuestros planes con sus molestas o beneficiosas intervenciones. Más bien habría que decir: “Dios propone y el hombre dispone”. Dios nos propone un camino en este mundo; nosotros disponemos, decidimos libremente, si lo seguimos o no. Ojalá lo sigamos; es para nuestro bien. Dios cuenta con nosotros; nosotros contamos con él.

Pero más que terminar con refranes lo hago con unas palabras de san Pablo:

Sabemos que hasta ahora la creación entera está gimiendo con dolores de parto. Y no sólo ella; también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, nosotros mismos gemimos en nuestro interior anhelando el rescate de nuestro ser [...]. Pero si esperamos lo que no vemos, aguardamos con paciencia [...]. Sabemos también que todo concurre al bien de los que aman a Dios, de los llamados según su designio [...]. Ante esto, ¿qué diremos? Si Dios está de nuestra parte, ¿quién estará en contra? Él que no ahorró a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos va a regalar todo lo demás con él? [...]. Porque estoy persuadido de que ni la muerte ni la [...] ni creatura alguna nos podrá separar del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro (Rm 8,22-23.25.28.31-32.38-39).